

TRAGEDIA URBANA.

BEVERLEY;

POR OTRO TITULO

EL JUGADOR INGLÉS.

EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA SEGUNDA IMPRESION.

ACTORES.

Beverley.

Madama Clarenton, su esposa.

Henriqueta, hermana de Beverley.

Tomí, niño de 6. à 7. años.

Leuson, amante de Henriqueta.

Stukeli, falso amigo de Beverley.

Yarvis, criado viejo.

Un Desconocido.

Un Sargento con Soldados.

* * *

La scena se repretta en Londres.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa un Salon mal compuesto, cuyas paredes están casi desnudas de adornos, pero con algunos fragmentos de su antigua magnificencia.

SCENA I.

*Madama Clarenton y Henriqueta trabajando. Madama Clarenton mirando hácia el fondo del teatro.**Clar. A Mada Henriqueta, mi esposo no viene. Que zozobras! Qué tormentos son estos!**Henr. Hermana, esta es una enfermedad habitual en nuestra casa; pero aun hai otra peor y mas cruel, que es la pobreza.**Clar. Ah! Quisiese Dios que fuese la unica; porque en fin, hermana, nos acostumbrariamos à ella. Este falon que hemos visto tan ricamente adornado, ¿sus muebles, sus pinturas, sus cristales hacian tal vez mas feliz mi corazon? Estas son necesidades del luxo y no de la naturaleza. Los mismos ojos acostumbrados à aquella brillantez, se han habituado à esta def-*

A

nu-

nudez; ni falta cosa alguna, quando encuentro aqui el objeto de mi amor.

Henr. Vos me enfadais, hermana. ¿Con que en vuestra opinion es nada caer desde la opulencia en el seno de la mendicidad? Yo no puedo hacer sino detestar à mi hermano; à vos misma dentro de poco tiempo os obligará à aborrecerle.

Clar. ¿Yo aborrecer à mi esposo?

Henr. ¡Pasion funesta del juego! ¿Quantas veces despues de la aurora le habeis visto volver à casa, maldiciendo entre vuestros brazos al avaro furor, que aun le combatia? Se cansaban vuestros ojos de velar, quando finalmente os consolaba su vuelta. No es asi en el dia. Está ya mui alto el sol, y Beverley burlando vuestra paciencia, no vuelve aun à su casa.

Clar. Es la vez primera:—

Henr. Siempre lo escufais, hermana: jamás os enfadais contra él. Sois mui buena, y mi hermano abusa de vuestro candor.

Clar. Solo tiene un defecto:—

Henr. Que los vincula todos. La passion que le devóra, destierra de su alma toda virtud y toda inclinacion honrada. Antes amaba à su hermana, adoraba à su esposa.

Clar. Y dura aun aquel tiempo.

Henr. Se ha mudado su rostro, como sus costumbres. ¿Què se ha hecho aquel espiritu con que conquistaba los corazones? ¿Aquella gentileza de espiritu que nos hechizaba? Las vigiliass y los disgustos han marchitado su beldad.

Clar. Pero esta mudanza aun no inmutado mi corazon.

Henr. Y su hijo? Vos alzais su rando los ojos al cielo ¡Pobre niño! ¿Qual será su mayorazgo?

Clar. La necesidad hace al hombre industrioso. Precisado mi hijo buscar su alimento, tal vez se mejor. La pobreza y el exemplo de su padre instruiran su juventud. De ellas recibirá bien temprano lecciones de ser sabio; aprenderá de su madre la paciencia y el valor. Creedme, hermana; la felicidad, de la que siempre solo logramos la sombra, consiste unicamente en la paz del corazon. Beverley la ha perdido. Sobre su triste frente se lee el mordimiento que le devora. Hacer infelice lo que ama, es el dolor que lo despedaza. Ah! si, podia perdonarse à sí mismo!

Henr. Ah! por mi, quando confidoro à que passion ha sacrificado mas hermoso patrimonio, no puedo contener mi colera. La passion que me tocaba paró en sus manos, y yo temo:—

Clar. Vos le agraviais.

Henr. Para un jugador no hai cosa reservada. Oí mismo quiero pedirle lo que imprudente comete en sus manos. Una causa justissima me precisa à pedirselo.

Clar. Y qual es?

Henr. El alimentar à una hermana que amo.

Clar. No:— Vos necesitais de bienes. El himeneo debe unirnos. Leuson. Lo merece ese amante y no se porque se difiere tanto la felicidad.

Henr. ¿Y puedo yo pensar en casarme, quando gime mi hermana debajo del pelo de la desdicha?

Clar. Mi estado os inquieta mucho; pero tengo aun diamantes, tengo joyas, no las necesito para mi contento; y si fuese preciso el privarme de ellas:

Henr. Ah, hermana!

Clar. Sofegaos, amada Henriqueta; todo puede aun repararse. Tenemos en Cadiz un capital que debe reembolsarse, y lo esperamos por instantes, segun nos avisan.

Henr. Creedme: este es caudal para el juego y durará poco.

Clar. Puede corregirse.

Henr. ¿Enmendarse un jugador?

Clar. Ah! si el cielo obrára ese prodigio; aun tendria envidiosos mi fortuna. Rodeada de mil bienes, y sobre todo poseyendo el corazon de mi esposo, seria yo la mas feliz entre las poderosas; pero si el cielo no atiende à los votos que le hago; unida al esposo que adoro, y reducida à alimentarme con el trabajo de mis manos, seré la mas feliz entre las pobres.

Henr. Dejemos esto, hermana. Ayer Leuson me encargó el decirnos que tenia gravísimas sospechas de Stukeli. Nuestro corazon se imprime muchas veces en nuestras frentes, y el modo de Stukeli no anuncia cosa buena.

Clar. Es amigo de mi marido; no puede ser sino hombre honrado.

Henr. Sin duda quiere pasar por tal; pero Leuson, que no piensa con ligereza, lo juzga un bribon.

Clar. ¿No entra alguno?

(a) Mirando el Relox.

Henr. No.

Clar. ¿Qué martirio es este! (a) Las ocho y media.

Henr. Me da lastima.

Clar. El golpe:—

Henr. Este es Yarvis, que cargado de años, despues de un largo servicio, le despedimos seis meses hace.

SCENA II.

Mad. Clarenton, Henriqueta y Yarvis.

Clar. (Me confunde su presencia.) Yarvis, os habia suplicado el excusarme una visita, de que se siente humillada mi alma.

Yarv. Perdonadme, Señora: me habia olvidado. Cielos! y en que estado veo este salon! Me habeis prohibido las lagrimas que me arranca la vista de estas piezas. Quisiera ocultarlas; pero perdonad, Señora, que soi viejo, y los viejos lloramos facilmente.

Clar. (¿Que confusion es la mia!) Sentaos, Yarvis.

Yarv. Vos sois mui buena. ¿Y es verdad, Señora, lo que dicen? ¿Mi amo ha perdido todos sus bienes? Yo le he visto nacer en esta casa. ¿Que honrado padre era el suyo! Dios tenga en descanso su alma. Ciertamente que despues de quarenta años no hubiera despedido al buen Yarvis. Lo serví hasta su muerte, y cargado de años esperaba acabar mis dias al lado de su hijo. El no ha querido. Tal vez mi vejez le ha cansado. Algunas veces le hablaba yo con mucha libertad.

Clar. No, Yarvis. Si él se ha separado de vos, acusad por ello à su desgracia.

Yarv. ¿Y à esto está reducido? Me atraviesa el sentimiento. Como decia, yo le he visto nacer en esta casa que fabricó su padre. Cien veces, siendo niño mi amo, le tuve en estos brazos. ¿Y que bueno era para los pobres! ¿De donde procede, me decia, que haya miserables en el mundo? Ellos son como nosotros. Si yo soi Rey, quiero que todo abunde en mi Reyno. Yo haré rico à todo el mundo, comenzando por ti. Estas eran las palabras de su niñez, que me acuerdo como si las oyera. Y ahora él es quien se encuentra en la necesidad.

Clar. Yo me deshago en llanto. Respondedle, Henriqueta.

Henr. Dexadme enjugar el mio.

Yarv. ¿Y me podrá negar en este funesto estado el asociarme à su desgracia? Si lo rehusáre, me heriria el corazon, y abreviaria el termino de mis dias.

Clar. Vos lo vereis; él entra.

Henr. No es él todavia.

S C E N A III.

Stukeli y los dichos.

Clar. Señor Stukeli, ¿habeis visto oi à mi esposo?

Stu. No, Señora.

Clar. ¿Y à noche?

Stu. Yo le dexè ayer noche, y me admiro que mi amigo la haya pasado toda sin acercarse à su esposa.

Henr. Vuestro amigo! ¿Y os atreveis à llamarle así, quando vos fomentais su passion por el juego y animais sus vicios?

Stu. Me haceis una injusticia. Yo he empleado con él todas mis demostraciones y consejos. Estas solamente son las armas que me permite la amistad. El ha visto derramar mis lagrimas; y en fin encontrandole sordo à todas mis suplicas, he llegado al extremo de entregarle mis bienes, cargandole sobre mi la mitad de su desgracia.

Henr. Piedad fingida.

Stu. Yo no podia abandonarle de sus penas.

Henr. Esto fuè profundizar el abismo à que le arrastra su inclinacion.

Stu. La fortuna se cansa de perseguiros. Yo esperaba:-

Clar. Basta. Haced el favor de decirme en donde dexasteis ayer à mi marido.

Stu. En la casa de Vilson, con gentes, cuyo trato, ni está bien à su honor, ni le es de provecho.

Clar. ¿Y aun estará allá?

Stu. Yarvis sabe la casa.

Yarv. ¿Iré, Señora?

Clar. Tal vez le sabrá mal.

Henr. Id, Yarvis, como si el ir fuera cosa vuestra.

Stu. Guardaos de pronunciar mi nombre; se quexaria de mi, tal vez con razon.

Clar. Id pues; pero con gran cuidado evitad todas las palabras que puedan ofenderle. Yarvis, los infelices facilmente se dan por sentidos. Es menester tratarlos con arte. Este ha sido mi sistema. Beverley, consolado por mi, jamas ha oido una reprehension de mi boca.

Yarv. A mi no me toca reprehenderle.

ni quisiera yo mortificarle. ¡Po-
bre Señor! Siento sus penas, co-
mo si fueran mias. *Vase.*

SCENA IV.

*Mad. Clarenton, Henriqueta, Stukeli
y Tomi.*

*Al entrar Tomi en la scena, dice alguna
cosa al oido de Henriqueta.*

Henr. Al instante, querido. Ven.

Clar. Escucha, Tomi. Esta mañana
tu padre no ha podido abrazarte
como suele: quando venga, si
quieres darme gusto, ten cuidado
de acariciarle. No te olvides de
esto.

Tom. Oh, madre! yo me acordaré.
Estimo tanto al padre:-

Clar. Pienso que no tardará. Ten
cuidado.

Henr. Ven.

*Tomi besa la mano à su madre, y va
con Henriqueta.*

SCENA V.

Mad. Clarenton y Stukeli.

Stu. Es vuestro propio retrato. ¡Que
bello!

Clar. Se parece mucho à su padre;
el cielo conserve à entrambos.
Se sienta Stukeli à su lado.

Pero habladme sin reserva, Señor
Stukeli. ¿Ha sucedido alguna cosa
à mi esposo? Esta es la primera
vez que se ausenta toda la no-
che, y yo temo:-

Stu. Que! ¿Vuestro tierno amor,
vuestra fé constante, vuestra be-
lleza, y vuestras gracias no os
aseguran de su fidelidad?

Clar. Dexando à un lado estas pren-
das, yo no recelo de su fé; so-

bre este particular no temo; se-
ria agraviar à mi esposo.

Stu. Así lo creo, y me complazco,
Señora, de que conozcais bastan-
te al mundo, para no dar credito
à las necias proposiciones que es-
parcen los tontos y los malos, de
que él abunda.

Clar. ¿Que proposiciones, y sobre
que asunto! Yo no os entiendo.

Stu. Pero:: Nada. *Como que está conf.*

Clar. ¿Porque esa confusion?

Stu. Pensaba que muchas veces la
calumnia siembra zizaña entre
los felices casados, y debemos
cerrar los oidos à sus hablillas.

Clar. Así es. ¿Pero que quereis infe-
rir de esto? Mi marido me ama;
yo estoi segura de ello, ni contra
èl me han dicho cosa alguna. Al
contrario, en este mundo, que
como decís, solo abunda de ne-
cios y de picaros, no se le en-
cuentra otra falta que la del jue-
go. A lo menos en mis afliccio-
nes me queda el consuelo de po-
seer su corazon, y le correspon-
derè constante hasta la muerte.

Stu. Perdonad, Señora. Tal vez la
amistad y el zelo me han hecho
adelantar sobrado; veo que me
he interesado mucho, y que in-
discretamente os he hecho cono-
cer lo que no necesitabais saber.
Pero à pesar de los vanos rumo-
res, me atrevo à responderos.

Clar. Me basta para confundiros el
conocer à mi esposo: yo despre-
cio esas voces; y si me permitis
decirlo, el amor que le conservo
me responde mejor que vos à su
favor. (Yo no puedo resistir al

torrente de amarguras que me aflige.) Señor Stukeli, necesito de reposo; podeis quedaros con toda libertad, y esperar à vuestro amigo. *Vase.*

SCENA VI.

Stukeli solo.

Stu. Bien se logró mi idea; ya he puesto la turbacion en su alma. Mad. Clarenton, vos habeis olvidado que antes de vuestro casamiento despreciasteis mis amores. Con el velo de la amistad he ya arruinado al aborrecido rival; es menester perderle tambien en el corazon de su esposa. Perderle èl y ganarlo yo es el duplicado proyecto que medito. Si lo consigo enteramente, será mi felicidad completa. Si el amor, sí:: Ya con destreza he introducido el veneno en el alma de su esposa, y yo espero bien presto:: Alguno se acerca; es Leuson. Su espíritu perspicaz me hace desconfiar, me da temor su presencia, y no estoi muy seguro al verle.

SCENA VII.

Stukeli y Leuson.

Leuf. Venis bien: hasta à vuestra casa hubiera ido à buscaros.

Stu. ¿Porque, Señor?

Leuf. Por mi amigo Beverley.

Stu. Decid el nuestro.

Leuf. Digo el mio; que si lo hubiera sido vuestro:-

Stu. Pienso haberlo manifestado. Beverley me ha encontrado en las ocasiones, y yo he olvidado la prudencia para asistirle.

Leuf. No es esto lo que dicen; se cree que en la casa de V... teneis una inteligencia secreta con Maiknson, y que os habed ricos con las ruinas de Beverley.

Stu. Señor!:-

Leuf. Esto es lo que dicen; yo no puedo creer.

Stu. Señor Leuson, sobre esta duda me explicaria mal aqui; espero algun dia encontraros en lo proporcionado.

Leuf. Qualquier dia, y luego; es indiferente. Salgamos.

SCENA VIII.

Henriqueta y los dichos.

Henr. ¿A donde vais, Señor Leuson? Quedaos, que he de hablaros.

Stu. Basta. Dios os guarde.

SCENA IX.

Henriqueta y Leuson.

Henr. ¿De que se trataba, Leuson?

Leuf. He quitado la mascara à Beverley, traidor. Sabe el indigno que Leuson le conoce, y tiembla en su interior.

Henr. ¿Y sobre indicios tan ligeros arriesgareis vuestra vida? Vos os pasmais.

Leuf. Ah! que grande es mi contento al ver la ternura con que interesais à mi favor! Ya de mi vida, yo me cuido tanto cuidais de ella. Pero ese es un barde, oprobio vil de la naturaleza, jamás ha sabido herir entre las tinieblas. Tanto ten su valor como su bondad, y su vida está muy segura en sus manos.

Yr. ¿Y que pensais hacer?
us. No tengo aun prueba bastante para armar contra él las leyes, pero espero tenerla en breve. A vos toca autorizar mis derechos; dadme à Beverley por hermano, y haced de este modo que sus intereses sean míos.

enr. Permitid que lo difiera hasta que mi hermana logre mejor destino. Venid à consolarla, pues con los pesares se consume su corazón, sin quejarse de su esposo. Ah, Leuson! ¿Como podria gustar los placeres del amor, mientras ella está entregada à este dolor inhumano? No:- Es mui infeliz su estado, y yo voi à enjugar, ò à dividir con ella las lagrimas.

ACTO SEGUNDO.

S C E N A I.

Plaza frente la casa de Beverley.

Beverley solo.

Bev. Cielos! Esta es mi casa. Temo volver à ella: no me atrevo à presentarme à mi muger y à mi hermana: todo lo he ultrajado, el amor, la amistad y la naturaleza. Odioso à todo lo que mas amaba, y aun à mi mismo, no quedandome esperanza alguna, solo me acompaña la verguenza y el remordimiento. Oh, pasión fatal del juego! Oh, vil codicia del oro! ¿Que necesidad tenia yo de acaudalar? ¿Que felicidad se igualaba à la mia? Todo correspondia à mis ideas, todo alhagaba à mis deseos. El amor sembraba mil flores sobre mi lecho nup-

cial. Ah, si el cielo hubiese sido avaro conmigo! Si quando la fortuna favorece nuestros deseos, tan pocas veces se une con la prudencia; la mediocridad, madre del saber, vale mas que todas las riquezas. Desgraciado de mí:-

S C E N A II.

Beverley y Yarvis.

Yarv. Ah, Señor! Ahora salgo de la casa de Vilson.

Bev. Tu, Yarvis, conoces esa horrible casa? Ese abismo en donde la avaricia sacrifica sus víctimas? ¿En donde confundida con el interes la bajeza y los crímenes, reina la desesperacion, imagen de aquel lugar de desolacion, en donde la colera de un Dios justiciero ha fabricado los infiernos?

Yarv. Olvidad esa maldita habitacion: venid à consolar à la Señora, que no se encuentra mui buena. Sus lagrimas me lo han manifestado.

Bev. Dexadme:- ¿Que dices de mi esposa?

Yarv. Digo que debiais correr à sus brazos; que solo puede consolarla vuestra presencia. Venid.

Bev. Hago mal, Yarvis. Yo mismo me condeno; pero dexame.

Yarv. ¿Que yo os dexe? Ah, yo no sè si hai ingratos; pero he experimentado mucho tiempo vuestras bondades. Vos me habeis dado quanto tengo; ¿y abandonaria yo à tan buen amo, quando à él abandona la fortuna?

Bev. ¿Qué puedes hacer por mí?

Yarv. Poco, Señor: con todo:- perdo.

donad:: yo no me atrevo, y remo al ofrecerlo:-

Bev. Oh, criado leal! Teme la baxeza de tu abatido dueño; sí: teme que despojando sin piedad tu vejez abuse de tu buen corazon. No sabes aun, Yarvis, lo que es un jugador; he arruinado à mi hijo y à mi muger y à mi hermana, teme pues, no seas víctima del mismo furor. El misero que se ahoga, se abraza de la mas endeble caña. No quieras que te arrastre en mi naufragio. Si tu supieses, oh, cielo! ¿à que nuevo exceso me ha precipitado esta noche la ciega rabia del juego! Mi esposa:- Ay! ¿què confusión es la mia! Yo que contaba por tiempo perdido el que estaba apartado de ella, no la he visto en toda esta noche. He pasado esta cruel noche entre las convulsiones de una obstinada desgracia, maldiciendo mil veces el dia de mi nacimiento.

Yarv. Venid pues. Cada instante es un siglo para la Señora. Pensad:-

Bev. ¿Y tu dices que llora?

Yarv. Ella se escondia para llorar: se la escapaban algunas lagrimas; he oido algun suspiro. Vos no teneis el corazon de piedra. Ah, si la hubieseis visto!

Bev. Lo siento, y me aborrezco à mi mismo. Su virtud merecia mas feliz destino. Tu, Yarvis, no puedes endulzar el horror de mis extremas amarguras. No soslegarás los remordimientos de mi corazon. Abandona à este miserable. Vete à Clarenton; puedes con-

solarla en su desgracia; ella tiene la culpa.

Yarv. Venid vos mismo.

Bev. Dime la verdad. ¿Cómo se habla de mi en Londres?

Yarv. Os consideran como un hombre, que soñando se ha arrojado à un precipicio. El mejor de mortales os llaman. Todo el mundo se affige de vuestra desgracia.

Bev. Buen viejo, yo me conozco sin adular à tu dueño, que me llaman esposo ingrato y padre sin amor, padre inhumano. Vete à encontrar à tu Señora, te, que ya te figo.

Yarv. ¿Porque lo diferis un instante? Su corazon está affigido, y muchos motivos de sentimiento y me atrevo à aseguráros, que mayor es vuestra ausencia.

Bev. Dila que voi luego. Debo hablar à Stukeli antes de verla. Yarvis, modera tu zelo conmigo; ¿Que tienes que ver con mis gracias? Nacido en lo que el orgullo llama bajeza, sigues las leyes del honor; y la honradez raramente conduce à las riquezas. La necesidad va à asaltar tu pobreza; no quieras poner la misericordia entre ti y tu sepulcro. Voi à hablar à Stukeli.

Yarv. El viene.

Bev. Dexame.

Vase Yarvis

SCENA III.

Beverley y Stukeli.

Bev. Y bien, amado Stukeli, ¿qué esperanza nos queda?

Stu. Ninguna. No puedo anunciaros sino disgustos.

¿No

Bev. ¿No hai dinero?

Stu. Quieren que se asegure. ¿Teneis con que hacerlo? Yo no puedo ya empeñar cosa alguna; vos habeis agotado quanto tenia.

Bev. Si; nuestra ruina es comun; en el abismo que me sepultaba, me alargasteis vuestra amiga mano; y yo dos veces infeliz he sumergido tambien à mi amigo. Este es el mayor de mis tormentos.

Stu. Mostrad mas valor en la desgracia; llamemos al valor en nuestra ayuda; las lagrimas nada remedian. Ved si os quedan algunas de esas brillantes y superfluas joyas, de que solo necesita la vanidad.

Bev. Depositario infiel he perdido esta noche el dote de mi hermana, y solo me queda la verguenza: y:-

Stu. Tanto peor; lo digo sin reserva entre los dos. Yo consultando solo mi buen corazon, he hecho por mas de lo que podia.

Bev. Es así.

Stu. Puede ser que Yarvis rico en su estado:-

Bev. Ah!

Stu. Me sabe mal el nombrarle: pero no estamos en tiempo de ser tan escrupulosos.

Bev. Siempre lo es de ser hombre de bien. ¿Yo despojar à ese buen viejo?

Stu. Pues adios.

Bev. ¿Que fiero despido!

Stu. No quiero à lo menos en esta extrema desdicha, que puedan acusarme de haberos seducido. Ya lo va esparciendo Leuson.

Vuestro amigo se ha perdido por vos, y el fruto será malquistarse con todos.

Bev. Qué? ¿Soy yo el que os murmura? ¿Me quejo de otro que de mi mismo? Los dos perecemos combatidos de las mismas olas. En orden à Leuson y à sus palabras, yo le harè conocer hasta que punto se desvanece.

Stu. Está bien. Mas para salir de este paso, es menester otra cosa. Vos no ignorais que hai muchos que por nuestras deudas pueden hacer de un instante à otro, que una carcel sea vuestra habitacion y la mia. Yo jamás saldre de ella; por vos lo he vendido todo; vos à lo menos teneis un arbitrio.

Bev. Decid qual es y tomadlo para vos.

Stu. No: no pretendo eso:- Vuestra esposa:- pero ya veo la respuesta: una muger renuncia dificilmente à lo que sirve à su adorno.

Bev. Sus diamantes:- Ah, cruel! caiga antes sobre mi un rayo. No sabrá abatirse tanto su esposo. ¿Privarla del solo bien que ha respetado mi furor? No.

Stu. La necesidad pide valor.

Bev. Mejor dirias villania.

Stu. Estoi seguro que oi la fortuna nos favoreceria. Tengo mis presentimientos en el alma, de los que aseguro la certitud.

Bev. Tambien los experimento; la misma esperanza me inflama: me abraço en deseos de jugar; pero permite, Stukeli, que tu amigo sea hombre.

Stu. Y que yo acabe de serlo. Olvi-
B da

da quanto he hecho , y dexame en el precipicio; ya no hablo mas à un ingrato. Si tanto amas à tu muger, conserva sus joyas, adorna con pompa su orgullo y su miseria ; no te molestaré mas.

Bev. ¡ Ah ; quan mal conoceis à esta mi adorada esposa ! Las joyas que aprecia son las virtudes de que todos la ven adornada , y que nunca la faltarán. Basta su brillantez natural à su hermosura. Solo para darme gusto se adornaba , y mi vanidad solo conservaba sus diamantes, de los que se privaria sin pena , para socorrer las necesidades de su marido.

Stu. No : ya he mudado de sentir : mi amistad fuè sin limites : quede vuestro amigo sepultado en una prision.

Bev. No quiera el cielo que un amigo generoso por haberme asistido , sea encerrado en una carcel. Stukeli, tu me crees sin honor, sin alma En la desesperacion en que me hallo abatido , baxo el peso de la afrenta , de la desdicha ; aun no compraria mi felicidad à este precio.

Stu. Con sobrado calor::

Bev. No siendo de yelo , ¿ puede hacerse menos en semejante lance ? Acabemos estas vanas luchas. Ya veo lo que debo hacer; id à vuestra casa.

Stu. Tal vez he sido demasiado activo.

Bev. Yo mui ingrato.

Stu. Vuestro amigo os espera en su casa. (Discurro un medio que apresurará este negocio. *Vase.*

Bev. Entremos.

Acercandose à su casa , de la que se ve la Henriqueta.

SCENA IV.

Beverley y Henriqueta.

Henr. En fin , hermano , ¿ volveis vuestra casa ? Oh, Dios mio! ¿ como estais ? ¿ Que pena tendrá mi hermana al ver esta mudanza ?

Bev. ¿ Que hace Clarenton ?

Henr. Aprovecha un instante de descanso. Sus ojos cansados de tan largo esperar, se han cerrado por un rato. Mientras que el sueño tiene suspensos sus males, permíteme, hermano, que os pida los intereses que en vuestras manos

Bev. La imprudencia es grande. Pues que, hermana , ¿ Leuson ha fundado alguna sospecha sobre este particular ? Me han dicho que se atreve à tener conversaciones mui estrañas.

Henr. Beverley , sobre este punto no habla palabra. Yo soi à quien unicamente toca el cuidado de mis bienes, y no quiero que estén en deposito de un hombre que ha guardado tan mal los suyos.

Bev. Que? ¿ teneis alguna desconfianza ?

Henr. Volvedme mis intereses para calmarla , ò à lo menos decidme si habeis perdido : sentirè mucho el golpe; pero estoi tan acostumbrada à sufrir por mi hermana y por vuestro hijo, que me he habituado al sentimiento. El mal será menor para mi que para ellos. ¡ Maldita pasion !

Bev. No digas mas.

Vues-

Henr. Vuestra casa fuè un paraíso, dos angeles la habitaban en Tomi y vuestra esposa. El candor ingenuo, la modesta belleza la colmaban de sus favores; y cansado de ser feliz, de esta habitacion celeste se ha precipitado al abismo de la miseria y del desprecio.

Bev. Cruel! Vos me atravesais el alma.

Henr. Si el mal recayese sobre vos solo, como la infamia:-

Bev. Un hermano debia esperar mas atencion de su hermana. Escoged colores menos duros: son ya tardas vuestras reprehensiones, vos renovais mis heridas sin poder curarlas; dexadme respirar oi, mañana hablaremos de vuestros caudales.

Henr. Pues hasta mañana me sugerearé al silencio; es preciso respetar la colera del cielo, y adorar sin murmurar su justicia. Importa poco que sea un hermano, un padre, un esposo el que elige para hacernos sentir sus golpes.

Bev. Ola, Henriqueta!

Henr. Si; basta, ya callo.

SCENA V.

Bev., Henriqueta, Clarenton y Tomi.

Clar. Seais mui bien venido, esposo mio.

Bev. Amada esposa, mi ausencia ha sido larga, y temo que habreis dormido poco esperandome.

Clar. Esposo, dexemos mis penas y mis lagrimas una vez que os veo entre mis brazos, aunque sea mojandoos con mi llanto, lo olvido todo.

Bev. (Que virtud! Que ternura! Que belleza! Que confusion es la mia! Quales serán sus quejas!)

Mientras dura este aparte, Mad. Clar. habla en secreto à Tomi diciendole vaya à su padre.

Tom. Padre!

Bev. Ven, hijo, à mis brazos. Quiera Dios que mas sabio que tu padre, puedas consolar à tu desgraciada madre, de todos los males que la ha causado su esposo.

Clar. No es desgraciada mientras vos la ameis.

Tom. Padre.

Bev. Di, hijo mio.

Tom. Oh! estoi mui triste.

Bev. ¿De que, hijo?

Tom. Es que madre lloraba ahora.

Clar. Calla.

Poniendole la mano en la boca para que calle.

Bev. Esposa, dexale hablar. Prosi-gue, niño.

Tom. Yo he corrido à sus brazos, y ella dandome besos lloraba aun mas; y yo tambien me he puesto à llorar como ella.

Henr. Pobre niño!

Bev. Ah! ¿cómo siento yo el agravio que le hago!

Clar. Perdonad, para mi es cruelísima vuestra ausencia.

SCENA VI.

Leuson y los dichos.

Clar. Ved al Señor Leuson, cuya sollicitud y zelo jamás podremos reconocer bastante.

Bev. Se lo estimo. *Con frialdad.*

Leus. No, pero que lo estimareis de aqui à poco. Yo confio descubrir un traidor.

Bev. Que por un exceso de amistad se ha perdido por mi. *Con viveza.*

Leuf. Decid que para perderos ha tomado este exterior. Quando se-
pais que èl es vil compañero:-

Bev. Dexemos esto, que me agravia.

Clarenton, yo tengo q̄ hablaros.

Henr. Ya nos vamos, hermano. Venid, Señor Leuson.

Leuf. Vendrá tiempo en que dareis las gracias al amigo que os desengaña, que os sabrá servir.

Vase con Henriqueta y Tomi.

SCENA VII.

Beverley y Clarenton.

Bev. No puedo contener la colera. ¡A un amigo que perece para ayudarme, atreverse à llamarle traidor, y en mi presencia!

Clar. Leuson os estima; sin duda da sobrado credito à las voces falsas que corren, pero es menester excusar su zelo.

Bev. Atreverse à mi amigo, es atreverse à mi mismo. ¡Si supieras quanto le debo! En la prueba se conocen los amigos, y si Stukeli no lo es; es necesario pensar que no hai amistad en el mundo.

Clar. ¡Colorear la perfidia con un velo tan sagrado! No puede haber corazon tan villano. Soi de vuestra opinion.

Bev. Ah, esposa mia! No todo el mundo tiene tu dulzura. Tu eres el modelo de todas las virtudes. Yo despedazo tu corazon; y habiendolo encontrado siempre cariñoso y fiel, he destruido su felicidad.

Clar. Yo no soi infeliz, salid de este

error. Todo lo tengo quando veo, y aun en vuestra ausencia todas mis ansias solo son por vuestro retorno. Olvidad lo pasado como un molesto sueño; yo me creerè en la abundancia, mientras logre el veros contento.

Bev. ¡Ah, consorte sobrado generosa! A mi pesar la cruel memoria de lo pasado estenderá su negra sombra sobre los ultimos periodos de mi triste vida. Pero otra pena cruel me devora secretamente.

Clar. Habla, y descansa tu corazon en un pecho que te adora verdaderamente.

Bev. Este amigo, cuyo honor asellan con tanta vileza:-

Clar. Que?

Bev. Soi causa de su ruina. Todos los bienes de Stukeli han naufragado conmigo. La actividad de sus molestos acreedores no le promete otra cosa que una horrible cárcel por habitacion. Esto derrama un ponzoña mortal en mi alma; mi amistad no puede mirarlo con indiferencia.

Clar. Yo espero:-

Bev. No basta esperar, son necesarias las obras.

Clar. El fondo que esperamos de Cadiz es mui considerable, y estaré aqui luego.

Bev. No puedo esperar; mi amigo en la amargura de su alma me ha hecho cargo de su desgracia.

SCENA VIII.

Beverley, Clarenton y un Desconocido.

Bev. Que quereis?

Desc. Señor, esta es una carta que me

te han mandado entregaros.

Se retira.

Es de Stukeli. *Abriendo el pliego.*

Que te dice?

lee. „ Venid à verme lo mas presto que podais. Esta es la unica prueba de amistad , que actualmente pretendo de vos. Desde que os dexè, tomè la resolution de abandonar la Inglaterra; mas quiero desterrar-me de mi patria , que deber la libertad al medio de que hemos hablado. No digais nada à Mad. Clarenton, y venid luego à recibir el ultimo adios de vuestro arruinado amigo *Stukeli*. Arruinado por mi! :: yo seguirè su destierro.

Que?

„ Sin socorrerle , sufrir que se destierre? Yo causè su desgracia, quiero acompañarle en ella: Oh! furor del juego! ¡Abominable vicio! ¡Estos son tus amargos frutos! Es menester aliviarle , ò acompañarle.

Clar. Yo no puedo sufrir el estado en que te miro. *Stukeli* habla de un medio: ¿disipas mi turbacion, ¿nos queda alguna cosa para su socorro?

Bev. A mi toca el padecer , yo solo soi el delincente. No es tan cruel mi corazon que quiera privar de ello à mi hijo y à su madre. No lo necesita tu belleza , pero es el unico bien que te ha quedado.

Clar. Mis diamantes?

Bev. Me averguenzo.

Clar. Asegurate, esposo mio, que la

paz de tu corazon es lo que mas deseo. Que nunca rehusaré cosa alguna para alcanzarla.

Bev. Tu virtud me confunde. Me ves oprimido , y tu bondad me alivia del mas enorme peso.

Clar. Pero para no jugar mas ; me lo has prometido ; y esto es à lo que mi esposo se obliga.

Bev. Solo vivirè para adorarte.

Clar. Ven ; te darè quanto tenga.

Bev. ¡Que nueva prueba de tu amor! Pero para el mejor de mis amigos , ¿podia hacer menos?

Clar. ¿Y podias hacer mas? Pueda èl conocer todo el merito de esta accion , y pueda tu corazon no engañarse en ella.

Bev. Oh, fatal vicio! Oh, vicio abominable! ¿Còmo sacrificas à tu vil passion el amor mas perfecto , la mas rara virtud , y la amistad mas constante! Yo debiera aborrecerte , pero conozco con harta confusion mia que mi debil alma solo atiende à la fuerza de tu barbaro dominio , despreciando los rigo es de mi peligroso destino.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Stukeli solo.

Stu. Yo he bien jugado mi pieza: ya están perdidas las joyas, cien onzas mas sobre su palabra. Mientras que el triste Beverley se lamenta vanamente en casa de Vilson, vamos à emplear todo el arte, malquistandole con su esposa: ya he introducido la confusion en su alma ; arriesguemos un golpe

pe

pe mas pesado. Es preciso , que tarde ò temprano me la rindan el despecho , la necesidad, ò por mejor decir , mi dicha.

SCENA II.

Stukeli y Clarenton saliendo de su casa.

Clar. Señor Stukeli ! ¿ Vos en este lugar ! ¿ Con que os quedais con nosotros ?

Stu. Mi intencion , Señora, era que él no hubiese solicitado un sacrificio :- he hecho quanto he podido para sacarselo de la cabeza.

Clar. Si, Señor, os hago justicia ; estabais resuelto à dexas vuestra patria : lo sè.

Stu. A veces, aun reprehendidos sus caprichos , nos hacemos complicés de nuestros amigos sin quererlo.

Clar. Estabais en la necesidad, os ha socorrido , y no veo cosa en esta accion, q̄ no sea digna de elogio.

Stu. Pobre muger ! ¿ Que lastima me hace ! *Aparte ; pero bastante alto para que Clarenton lo oiga.*

Clar. Que decis ?

Stu. Señora :-

Clar. Alguna cosa parece que os defazonaba secretamente.

Stu. Es verdad.

Clar. Mi esposo :-

Stu. (Yo no puedo resistir.) *como arriba.*

Clar. Pues Señor , ¿ que misterio es este ?

Stu. (Me hace compasion su estado. *Como arriba.*

Clar. Que estado ?

Stu. Vos no podeis ocultar cosa alguna à vuestro marido , la menor indiscrecion causaria sin duda un

disgusto entre los dos.

Clar. Mi prudencia os aseguraro de este caso. Que ? ¿ Vos dudais de mi?

Stu. Si. Contentaos con saber que las joyas salieron de vuestra casa. ¿ Como nos , debeis quejaros de esta desgracia , porque à mi no se ha hecho el dolo.

Clar. Oh , cielo ! no hai como la mia : para quien :-

Stu. Yo no sè :- corren voces :-

Clar. Que , Señor ?

Stu. A veces una rival benemérita

Clar. Acabad.

Stu. Que está perdido por unos viles objetos del luxo y de un candalo , à quienes prodigamos el dinero y el honor. Ellas rece imposible à quien os con-

Clar. ¿ Pero vos lo creeis ?

Stu. Teneis un corazon tan sensible que diciendooslo, conozco el terrible golpe que os atraviesa.

Clar. El golpe esta dado. Vos dezais mi alma. Beverley, ¿ habrias engañado ? Todo lo he podido aguantar, à excepcion de esta afrenta. Rica con tu amor el seno de la miseria , tu lo pensabas todo en este triste corazon. ¿ Otro objeto se alzó con los cariños ? Ah ! desde este instante lo he perdido todo.

Stu. (Se logró mi estratagemas.)

Clar. ¿ Mui seguro de mi amor de esto mismo motivo para vengarme ! Ingrato ! ¿ Armarse de las bondades contra mi misma ! ¿ Que no puedo vengarme de esto ! No, no puedo creer que me engañada tanto :- Os habrán engañado

La amistad me imponia silencio; pero debo hablar para servir à la belleza y à la virtud. El mismo hombre ha confiado su secreto.

¿Conque burlando la confianza de vuestro amigo, le acusais de esta suerte à su muger?

Señora:-

Basta. No puedes engañarme. Bien te habia conocido Leuson. Si Beverley te confió sus secretos, ¿te creyó amigo, y tu pretendes serlo; quando lo que dices no sea una impostura, será una traicion por lo menos. Veas lo que te está mejor; yo te creo uno y otro:- Vete. No vengas mas à derramar en estos lugares el veneno de tu impura boca. Pero tiembla, que Beverley me dará razon de tu calumnia.

El efecto puede seguir à la amenaza. Vos le obligais à combates sangrientos, en los que no será para mi solo el peligro.

Cobarde, no te atreverás à mirarla la cara. Pero tu sangre enluciará sus manos; le ocultaré tu audacia. Vete: quita de mi presencia el mas vil de los hombres.

(Esta fiereza puede abatirse, y no debo responder sino vengandome.)

Vase.

SCENA III.

Clarenton sola.

Conozco el fin de sus engañosos artificios; pero no obstante, suspiro; y cubriendose de lagrimas mis ojos, respira con pena mi corazon. Beverley! Beverley!

SCENA IV.

Clarenton y Henriqueta.

Henr. ¿De que es este llanto? ¿Siempre nuevos dolores? ¿Siempre sobresaltos nuevos? Lo dixé, hermana: vuestra dulzura pierde à Beverley:- mas vos no me ois.

Clar. Lo confieso, Henriqueta, estoi muy confusa.

Henr. ¿Que turbacion os oprime? Habrá jugado. ¿Porque le dabais vuestros diamantes? ¿Que necesidad habia de concederlos tan facilmente? Primero le hubiera dado la vida.

Clar. Si me la hubiese pedido, tambien le hubiera dado la mia.

Henr. Cielos! que passion! ¿Merece Beverley tanta ternura?

Clar. Si tanto tiempo fuè èl toda mi felicidad, si tanto tiempo no hicimos mas que una alma:- Pero èl fuè un ingrato:- No, no lo es, hermana. Lo sacrificarè todo para manifestarle mi amor; este para mi es el mayor placer. Adios. Necesito de algunos instantes de reposo. Leuson se acerca para hablaros, èl os enseñará como se ama.

SCENA V.

Henriqueta y Leuson.

Henr. Venid, no dexemos sola à mi hermana.

Leus. Concededme, bella Henriqueta, el hablaros un rato.

Henr. Vuestro aire ferio me inquieta: ¿de que se trata?

Leus. De un asunto que os importa el saberlo.

Henr. Pues decid luego.

Leus. Este es un secreto que por mu-

chi-

chísimas causas no puedo revelar sino con ciertas condiciones.

Henr. Pues bien, explicaos.

Leuf. La primera es que digais, si vuestro corazón, mudado para mí, desease verse libre; y si por vuestra conducta yo no puedo conocer:-

Henr. Alto, Señor Leuson. El que puede creer mudanzas en mí, está seguro que me mudo; y pues vos dudais de mi fé:-

Leuf. No, solo dudo de mí mismo. Por lo pronto se conoce mal el humor y el carácter de la gente. En un amante todo toma el colorido del amor; sus defectos se ocultan baxo el deseo de complacerlo: temo que los míos descubiertos con el tiempo:-

Henr. Señor Leuson, hacedme el favor de responder como à hombre de honor. Decidme si en el fondo de vuestro corazón deseais que os diese libertad.

Leuf. El cielo me es testigo que en ella va mi vida, y que mis días están unidos à la dicha de ser vuestro.

Henr. Pues sabed los ocultos sentimientos de mi alma, y estad asegurado, que si no soi la misma:-

Leuf. Ah, cruel!

Henr. Dexad que acabe.

Leuf. Decid, Señora.

Henr. Conociendoos mejor que antes, lo que solo era propension, se ha convertido en eleccion juiciosa, y uno y otro ha tomado tanto poder sobre mí, que aunque estubierais en la mayor miseria, sola vuestra compañía me

haria preferir la sencilla chimas rico palacio.

Leuf. Pues, Henriqueta mía, pido, (y esta es segunda Leu cion) que de una union tan ble:-

Henr. Permitid que yo espere.

Leuf. No puedo esperar mas, e ciso que mañana sea el ter de vuestras dilaciones. Q vuestra palabra, ò mi co Hen guardarà el secreto que ocu

Henr. Vos sois mui pronto.

Leuf. Dudais en vano, y si es que Le amais es mui endeble toda escusa. He

Henr. Debo ceder.

Leuf. Dadme vuestra palabra. Le

Henr. La teneis ya. Decidme creto.

Leuf. Todos vuestros bienes:-

Henr. Que?

Leuf. Están perdidos.

Henr. Oh, Dios! quedo conf Perdidos! y Leuson que lo fa Admiro la nobleza de vue proceder. Habeis sorprendido promesa; mas:-

Leuf. Me habeis dado la palabra no hai razon para verter ese to.

Henr. Debo, Leuson, descubrir da mi alma. Aunque puede que me acuseis de fina. Por que sea bella vuestra accion, creeria deberos demasiado. Leuson; si hago mal, es esc ble mi falta: era igual nuestra tuna, y el himeneo uniendo con sus dulces lazos todo lo de ba igual entre nosotros: p traeros por dote oi la miseria,

ria exponerme hasta la sepultura à la dura carga de una deuda inmensa.

Leuf. ¡Que error, Henriqueta mia! ¿Entre dos corazones tan unidos puede subsistir alguna deuda? ¿Hai carga que no sea comun? ¿Puede haber obligacion consigo mismo? Todo está pagado en amandose.

Henr. Convengo en todo: en vano quisiera el orgullo sublevarse aun. Leuson, esta es mi mano.

Leuf. Instante dulcísimo, en que beso mil veces esta adorada mano.

Henr. ¿Pero quien asegura la perdida de mi hacienda?

Leuf. Un hombre que me debe muchos favores. Bates, el agente principal de Stukeli, me lo ha confiado; y puede ser que por su medio llegue presto à hacer evidencia de la maniobra de este malvado, que tanto aprecia Beverley.

Henr. Lo quiera el cielo.

Leuf. Me voi. Adios, Henriqueta, ocultad nuestra resolucion à Beverley. Preocupado à favor de un indigno, espero que mañana le harè abrir los ojos.

SCENA VI.

Henriqueta sola.

Henr. ¡Que delicadeza de pensar! ¡que proceder tan generoso! ¡que bien merece toda mi ternura! ¡Pero à que estado ha reducido el juego à mi hermano! Ah! que cruel dolor será el tuyo, hermana, quando esta fatal noticia llegue à penetrar tu afligido oído! Este golpe oprimirá su endeble

valor. Es preciso ocultársela, y resolverme à fingir. Mas aqui está Beverley:- procurarèmos reprimirnos, aunque cueste mucho à mi corazon este esfuerzo.

SCENA VII.

Beverley y Henriqueta.

Bev. ¿Vos estais aqui, hermana mia? Hace tiempo que solo teneis que quejaros de mi conducta. Me deslumbró la vil passion del juego. Me olvidè de vos, de mi hijo, de mi consorte y de mi mismo. Pero no obstante os he amado siempre, os amarè igualmente en adelante, y quiero repararlo todo.

Henr. ¿Que anuncia esta alegria? ¿Algun favor de la fortuna? Estas suertes son comunes à los jugadores. Mas:-

Bev. No. Ya no lo soi; aborrezco al juego, y en vuestra presencia hago voto de evitarlo en adelante.

Henr. Lo dixiste mil veces.

Bev. ¿Donde está vuestra hermana? Quiero anunciarla una noticia grande.

Henr. Ella llega.

SCENA VIII.

Clarenton, Beverley y Henriqueta.

Bev. Consorte, abraza à tu esposo, y sabe la dicha que nos ha enviado el cielo.

Clar. El sabe las suplicas que por ti le hago. ¿Mas qual es el asunto de placer tan grande?

Bev. Llegó nuestro Capital. El buen Yanson, hombre de honor, y banquero de fama acaba de entregarme ahora: traigo en este bolsillo en villetes diferentes una suma q̄ llega à trecientas mil libras. Ben-

dixo el cielo la empresa , y à lo menos hemos doblado el fondo.

Clar. Me alegro infinito , menos por mi , que por ti : espero que desengañado en adelante , gozando de un destino mas dulce , abjurarás el triste frenesi del juego , me restituirás à mi esposo.

Bev. Si ; abjuro à tus pies este furor vergonzoso , que tanto tiempo ha causado la miseria de ti , de mi hijo y de mi hermana . Lo aborrezco igualmente que tu misma , y propongo al cielo , que no quiero ocuparme en adelante , sino en educar à mi hijo y complacer à mi esposa.

Clar. Mi dicha depende de la tuya.

Bev. ¿Sabes mi idea ? Quiero recobrar esta antigua heredad , que de tiempo inmemorial vinculada à mi familia vendi por nada . En ella quiero vivir como sabio . Libre de los furors de la suerte , cansado de sufrir vaivenes , sumergido en el seno de las mas suaves pasiones , reposará mi corazon ocupado en ti solamente.

Henr. Bien , hermano mio ; pero sabed , que del mal que os posee , asi como del amor , el unico remedio es la huida.

Bev. Yo he curado enteramente . Mientras que mi alma estubo ocupada de el , agitado de convulsiones , entre el temor y la esperanza , arrastrè con pena el fardo de mis dias , y cien veces estube cercano à atentar contra mi vida.

Clar. Beverley , me horrorizais.

Bev. El cielo , amada esposa , en premio de tus virtudes ha oido tus

suplicas . Ahora permíteme , que te dexé un instante ; debo satisfacer prontamente una deuda . Seria peligrosa la tardanza ; mi persona responde de ella , pero luego::

Clar. Te dexo ir con pena.

Bev. Al instante vuelvo.

Clar. Si , esposo , debo hablarte sobre un asunto que interesa , y nun-
aprefurarás bastante tu vuelta.

Bev. No es menor mi impaciencia.

Clar. Ve pues , que mientras dura tu ausencia , nosotras lo prevendremos todo para celebrar el gran dia. *Entran las de*

SCENA IX.

Al irse Beverley encuentra con Stu

Bev. Amigo ! Sabes que la fortuna

Stu. Si : me lo ha dicho Yanson : doi mil parabienes.

Bev. Tu amistad por mi se mostro poco regular ; tu verás oi si la m sabe agradecerlo . Ahora voi à librarme de aquella molesta deuda , satisfaciendo à Yarmes y M kinson.

Stu. Los hallareis en casa de Villa haciendo la partida : un monte oro vereis en la mesa , y con alguna dicha se haria una ganancia grande . He dexado à los dos en mui mal estado , jugaban con mucha desgracia , llegareis à buen tiempo para socorrerlos.

Bev. En esta infernal casa , si pudiese , no , no quisiera entrar en tu vida . Siempre fuè fatal para mi

Stu. Te aconsejo que no vayas . Si mas se jugó partida mas igual . Vieras un peru sobre el tapete , te tentaria sin duda.

Bev. Eso no.

Stu. Yo lo dudo. Verdad es que la fortuna no es cruel siempre; parece que vas entrando en amistad con ella, y con discrecion pudiera tantearse: pero no es este mi parecer.

Bev. Eltoi seguro de mi mismo: con todo quieren perderme. Makin-son ha sacado una sententia contra mi.

Stu. Es cierto, y alguno me ha dicho en confianza que queria hacerla executar esta tarde.

Bev. Voi pues. Esta razon me obliga; pero no temas: yo respondo de mi mismo.

Stu. No irás si me crees: Leuson diria despues que foi un perfido; no habla mejor de ti, y en todas partes dice amenazando, que te hará dar cuenta de los bienes de tu hermana.

Bev. Dexemos à Leuson; puedo humillar su audacia. Vamos à pagar en casa de Vilson, pero para mas asegurarnos, guardame tu estos vales.

Stu. Como! Que yo los guarde? Tu conoces mi flaqueza; en este dia te imagino dichoso: querrás que te los vuelva, no sabrè resistirme. No vayas, Beverley, permiteme que te detenga.

Bev. Con que me crees tan endeble, que un poco de oro encima de un bufete llegue à desvanecerme?

Stu. Un poco de oro! Verás montones grandes.

Bev. Y que importa que sea poco, ò mucho?

Stu. Podria recobrase quanto se ha

perdido; pero no nos fiemos en ello.

Bev. No. Jamàs he de jugar. Esta es la resolucion mas acertada. Pero pues juzgas este paso tan dificil, no entremos en su casa, llamarèmos à Makinson desde la puerta.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

El teatro representa noche obscura.

Beverley y Stukeli.

Stu. Que decis de acero y de veneno?

Bev. ¡Ah, quan funesta es mi suerte! Todo lo he perdido. Nada me quedó. ¡Que desesperacion perturba mis potencias! Mi furor llega à ser delirio.

Stu. Pues, ¿porque entrabais en casa de Vilson? Si hubieseis atendido à mis consejos, tu amigo:.

Bev. Mi amigo! ¡Barbaro, à ti ese nombre! Tu eres una horrible furia, que con su impura respiracion envenenó mi vida; eres un monstruo, que contra mi vomitó el infierno. Sin tu detestable amistad, ¿habria un mortal mas dichoso que yo? ¿Y puede ahora encontrarse otro mas miserable? Era feliz padre, dichoso hermano, y mas amante que esposo; nada faltaba para el cumplimiento de mis deseos. Quando tu despertando en mi seno las mal extinguidas centellas de una inclinacion fatal, le subministraste alimento, y de una pequeña chispa fuscitaste un grande incendio. Todo pereció; mi honor, mis bienes y mi vida. Mira lo que ha producido tu funesta amistad.

Stu. Escucho tu desgracia ; pero tu injusticia excita mas mis furorres que mis piedades. ¿Con que te has olvidado , q̄ seguro , segun decias de ti mismo , te detube al querer entrar en casa de Vilson ?

Bev. Yo me abrafaba en deseos de entrar. Si , conocì tu cautela , mostrandome el precipicio , sabias inspirarme el furor de arrojarne en él ; pero mi corazon era tu complice , èl mismo buscaba su ruina. Mas dime , ¿porque me volvias los vales que yo habia depositado en tus manos ?

Stu. Sabes que fueron vanos quantos esfuerzos hice para guardarlos , quisiste que te los diese.

Bev. Pues traidor , ¿darias un veneno al furioso que te lo pidiese ?

Stu. Vi à Yarmes y à Makinson desgraciados , y esperaba:-

Bev. Tengo contra ellos una violenta sospecha. Esta es una quadrilla de malvados , cuya caverna es la casa de Vilson. No es natural mi perdida.

Stu. No obstante , todo el mundo les tiene por hombres de honor ; yo he atendido al modo de jugar de uno y otro , y me ha parecido fiel y leal.

Bev. ¿Y tu lo eres ?

Stu. Beverley !

Bev. Yo no sè:- me acometen contra ti mil movimientos de rabia.

Stu. ¿Con que tu me crees infame ?
Sufre tu desgracia con mas valor.

Bev. Con valor ! La muerte:- ; Pero mi esposa , mi hijo ! (1) Traidor , tu me has sepultado en el abismo

en que me hallo ; es menester que me saques de él , ò en un instante:- Yo no estoi en mi Perdon:- ; Tu me huyes ?

Stu. Me aparto de un ingrato.

Bev. No ; quedate.

Stu. ¿Para verme cargado de oprobios ?

Bev. Ay de mi ! En impulsos tan violentos ¿puedo yo saber si te agraviao ? Acafo sè yo lo que digo ? ¿yo dueño de mi mismo ? No ; ten qualquier insulto de mi. En un acceso de furor podria darte de señaladas , y luego despues matarte

(2) S C E N A II.

Beverley solo.

Bev. Dios mio ! ¿Adonde voi ? ¿En que obscura cueva irè à sepultar atormentada alma ! En vano noche me cubre con sus sombras si yo no puedo disimularme à mi mismo. Oh noche ! ¿Tu no eres capaz de ocultar un delinquent ; Que desesperacion ! ¿Que verguenza ! El dia que va à amanecer ha de ser el testigo de mis rores. ¿Este es el consuelo que preparado à aquella infelice , que sacrificada infamemente à mis delirios , toleraba sin la menor queixa todas mis faltas ? Mis desvelos debian ocuparse todos en su felicidad: Olvidado del detestable juego , la prometia una vida feliz , ma , toda del cielo. Pero el infierno , si : el infierno no estaba distante de mi. Ya no hai remedio , ya no he de presentarme à su vista. Mi muerte:- Pero alguno viene ; parece que le conozco:

(1) Le agarra por el corbatin. (2) Le señala que se vaya con un gesto furioso

co : es Leuson. Me dicen que me amenaza con sus palabras , por- que le dè cuenta de los bienes de mi hermana. Pues aqui mismo me ha de dar satisfacion de todo.

SCENA III.

Beverley y Leuson.

Leus. Alguno pronunció mi nombre. Beverley ! ¡Que feliz encuentro ! Hasta ahora he trabaxado por vos.

Bev. Sin haberoslo pedido. Es tener el alma mui generosa, ¿Quien os encargó este cuidado ?

Leus. La amistad Espero haceros ver mas claro que la luz del sol, el mas infame mortal, y el mas traidor amigo :- Lo que tengo averiguado debe hacerlo temblar.

Bev. Pues yo conozco uno que tiene mucho que temer.

Leus. ¿De quien hablais ?

Bev. De uno q̄ en mi presencia protesta que me ama ; y à mis espaldas se atreve à infamar mi honor.

Leus. ¿Que enigma es este ?

Bev. Voi à decirlo claro. Si se os da credito, yo he perdido por mi locura los bienes que mi hermana debia traer en dote. Esto es lo que Leuson publica en todas partes. A ver como lo repetirá en mi presencia ?

Leus. Beverley, la altivez y ese tono lleno de amenazas han causado muchos males que se hubieran podido prevenir, y puede ser que otro en mi lugar :- pero yo sabrè contenerme. Jamás he hablado palabra, que no pueda sostenerla à la cara de qualquiera. De lo que os hayan dicho de mi, nombradme al delator , y esta mano sabrá

castigar su vil audacia.

Bev. Sè lo que debo pensar. Esto no es mas que un vano recurso para escaparse de mi venganza.

Leus. Cielos , ¡que proposicion tan estraña ! ¿Beverley me habla así ? Pero ya nos hemos visto en el campo del honor , y sabe bien que no es facil atemorizarme.

Bev. Yo no sè otra cosa que mi agravio ; y para ahorrar palabras, defendeos. *Tira la espada.*

Leus. con sosiego. Hierre, ingrato ; sigue el furor que te domina. Tu loca confianza en un malvado ha causado la ruina de quanto antes amabas. Solo te queda un amigo ; asesinalo.

Bev. Yo he arruinado à mi hijo , à mi muger y à mi hermana ; satisfarè las maldiciones de que ellos me han colmado ; esto es pronto à ello : pero tu , ¿que derecho tienes para infamar mi honra ? ¿Tu te llamas mi amigo ? Barbaro, si esto es serlo , seaslo finalmente pasando-me el corazon. Por esta accion sola te conocerè por mi amigo.

Leus. Vuelve à su lugar esa espada. Ves que un traidor ha maniobrado secretamente contra tu amigo , y aun pienso acertar el fin que se ha propuesto.

Bev. ¿Y porque razon juzgas tu que èl me engaña ?

Leus. El sabe que yo le he descubier- to, y armandote contra mi, espera el vil cobarde deshacerse del uno por las manos del otro ; pero se engañó su esperanza. Tu no derramarás la sangre de tu amigo ; ni yo bañarè mi mano en la

tu.

ruya. Vuelve te digo la espada à su lugar. Adios. Entra en tu casa. Mañana menos alterado, Beverley se avergonzará de haberme tan mal conocido.

SCENA IV.

Beverley solo.

Bev. Esta entereza de Leuson no es de un cobarde; yo le he visto en la ocasion, y en ella su valor fuè sin nota. ¿Me habria engañado Stukeli? Pero ¿que me importa ahora? ¿Por ventura debo vivir? Acabemos de una vez mis males. Este azero debe librarme de ellos.

SCENA V.

Beverley y Yarvis. Yarvis mientras dura el soliloquio, entra en la scena; se acerca à Beverley, à quien procura conocer entre la obscuridad de la noche.

Bev. ¿Quién va allá? Habla: ¿eres un asesino? Si lo eres, ven, sígueme: mi mano aun está mas sedienta de sangre que la tuya, y aun mas que tu traigo en mi seno una rabia desesperada.

Yarv. Amo mio! permitid..

Bev. Ah, buen hombre! Tu eres? ¿Que haces tan tarde en la calle? ¿No habias de estar en la cama?

Yarv. Señor, perdonadme: vos (1) mismo. Dios mio!..

Bev. Que dices?

Yar. Vuestra espada... está desnuda.. habriais tal vez.. Ah, Señor! me oprime el sobresalto.

Bev. Si à qualquier parte que vuelva la vista, el oprobio y la miseria figuen mis pisadas, sola una muerte pronta...

Yar. Señor... Preocupado del senti-

miento habla à si mismo, más me oye. Mi Señor.

Bev. Quien habla?

Yar. Es el pobre Yarvis... Por Dios, Señor, dadme la espada; dadla, porque temo..

Bev. Si, tomala; toma la espada, cala de entre mis manos; prefer que el cielo te envíe en instante.

Yar. Ah, Señor! ¿Que alegría mia! ¿Y qual es mi felicidad!

Bev. Así puedas serlo siempre, tuoso anciano: pero no te detengas conmigo. Teme el contagio de mis males. La ruina, el honor, la maldicion es el cruel lucro que tantos se me acercan. Entrame un buen viejo, en mi casa; retirame, vete à encontrar el descanso que yo no puedo disfrutar.

Yar. Permitidme, Señor, que yo conduzca à ella.

Bev. No; jamás...

Yar. Pensad en que pena cruel la señora.. Perdonad, vos quereis la muerte.

Bev. Para ella y para mi hijo, el peor de todos los males seria mi vida. Si; en su lamentable estado ellos pasarán sus dias maldiciendome. Dexame. Yo apetezco la obscuridad de la noche; quisiera poder doblar sus tinieblas, y en el fondo de mi alma un pasmoso horror. ¿No oyes que funebres voces?

Yar. Todo está en silencio.

Bev. Oh, remordimientos! oh, furor! Vete. Echado sobre estas piedras pasarè la noche, despedazando mi corazon. Quiera Dios que jamás

(1) *Repara en la espada.*

(2) *Como que escucha.*

o , más vea la luz del día.

Se recuesta sobre las piedras.

or D ir. Amo mio: vuestro antiguo criado puesto à vuestros pies con las lagrimas à los ojos, os suplica por Dios que os alceis. Vos no teneis una alma tan dura; la Señora está llorando...

SCENA VI.

Mad. Clarenton saliendo de su casa con una linterna. Beverley hecbado sobre las piedras. Yarvis de rodillas à su lado en ademan de suplicarle.

Clar. Yarvis no vuelve. Yo no puedo esperar mas, una pesada turbacion me agita Cielo, gobierna mis pasos; dirige mi temerosa marcha. Acercandose donde están Beverley y Yarvis.

Bev. Tu me cansas, buen viejo. à Yar.

Yar. Vuestro padre hacia mas caso de mi, y vos mismo en vuestra infancia... Pero veo que se acerca una luz: alzaos; viene alguno.

Clar. Parece que oigo su voz. Si, Yarvis es, ¿què turbada está mi alma? Yo tiemblo; acerquemonos. Oh, Dios! ¿que es lo q̄ veo!

Yar. Es la Señora. à Beverley.

Bev. Mi muger! Oh, tierra! ¿cómo no me tragas?

Clar. Esposo mio... yo muero... este expectaculo me mata.. Cruel, ¿tu apartas la vista? ¿Tu huyes de mis miradas? Mi corazon desfallece: hablame: tu ves que apenas respiro. Por piedad calma la turbacion y el pismo que me inspira...

Bev. Antes voi à redoblarlos. Tiemblo, no tengo que decirte sino horrores: tu me colmarás de maldiciones.

Clar. Es incapaz de hacerlo mi corazon. Jamás sabrá sino bendecir à su esposo.

Bev. Este esposo es un miserable, en quien no encontrarás sino un monstruo detestable. Este dia terminó mi desgracia. La miseria y los llantos son ya nuestra heredad. Esta es la de mi hijo, y la muerte será mi consuelo.

Clar. Pues que es esto?

Bev. Todo está perdido; solo me ha quedado la desesperacion y la rabia.. Maldice à tu esposo, que bien lo merece.

Clar. Dios mio! Atended mis votos y mis lagrimas; mirad con ojos de piedad su dolor, disipad las tinieblas de su confusa alma, volved la paz à su corazon. Si la miseria y la desgracia deben apoderarse de uno de los dos, caiga sobre mi vuestra colera, y sea feliz mi Beverley.

Bev. ¡Y así maldice tu boca! ¡Oh, virtuosa conforte, digna de un mejor esposo! ¡Cómo me penetran y confunden tus bondades!

Clar. Permite que mi ternura suavice la desesperacion de tu pecho. ¿Porque has de rendirte al peso de tus desgracias? No ha perecido todó en naufragio. Aun nos queda algo mas que la mendicidad y el llanto.

Bev. ¿Y que nos queda?

Clar. El valor y el trabaxo. En tu ausencia sabes que ocupada en alguna labor, disimulaba así lo largo de mi soledad. Creeme, del seno de la miseria nacerà mi mas dulce placer. Lo que hasta ahora

ha

ha sido un pasatiempo, alimentará en adelante à mi amado esposo.

Bev. Todo lo puede suavizar tu virtud: mi desesperacion cede à tus gracias: me arrojo à tu seno, bañándole de lagrimas... Dulcísima conforte ¿conque tu no me aborreces?

Clar. No, esposo; yo te compadezco. Ah!

SCENA VII.

Los dichos y un Sargento con Soldados.

Sarg. Daos à prision y seguidme. (1)

Bev. Ah, fortuna! Este es el ultimo de tus reveles. Yo no puedo sobrevivir à esta infamia.

Yar. Señor, à vuestras plantas... (2)

Sarg. Es menester dinero.

Yar. ¿Quanto es la suma?

Sarg. Trescientas libras.

Yar. En mi casa tengo la mitad.

Sarg. Buen hombre, ha de ser todo.

Yar. Lo buscarè mañana.

Bev. Basta; ya os sigo. (3) Yarvis, este ultimo golpe ha atravesado mi alma. Guardad vuestro dinero. Esposa, dame los brazos; esta es la vez postrera que te tengo en ellos. Es preciso seguir mi destino. (4)

Clar. Yo no te dexarè, esposo mio. (5)

ACTO QUINTO.

SCENA I.

La scena representa una pieza de la carcel, en la que habrá à un lado una mesa con una borella de agua y un vaso; al otro una silla junto à un cofre. Tomi estará sentado en la silla y Yarvis en el cofre.

Tomi dormido y Yarvis.

Yar. Cerrandose sus ojos duerme ya;

pobre niño! Oh, edad feliz! Y pocos cuidados te impiden el ño! En ella no se teme que la del remordimiento le rompa sobresalto. Su inocencia desca en paz; quando el afligido razon de su desgraciado padre visto renacer el dia antes que sueño haya cerrado sus ojos fatal mudanza! Oh, amo mio! que passion te has entregado! virtudes ha borrado un solo cio! ¿Y que consecuencias tales tiene! Quiera Dios...

SCENA II.

Clarenton, Tomi y Yarvis.

Clar. ¿Que hace mi hijo?

Yar. Descansa, Señora.

Clar. Duerme, hijo amado. Ah, Yarvis, ¿que tormentos me acasion su padre! Mis palabras, como bes, habian hecho algun fruto habia calmado la violencia de furor, esta prision lo ha destruido todo. Noche cruel! ¿formidable noche! sumergido en un profundo silencio, fixa la vista, parecia que ni veía, ni oía. A veces furioso hasta la demencia gritaba desesperado detestando su misma vida.

Yar. Oh, amo mio!

Clar. Puesta à sus pies, que bañaba con mis lagrimas, invocaba los dulces nombres de esposo y de padre; pero à mis llantos y à mis suplicas solo correspondía con furor, hasta arrojarme dos veces cruelmente de su presencia. Recobrado en fin de este delirio avergonzado de ver su esposa

(1) A Bev. (2) Al Sarg. (3) Al Sarg. (4) Le llevan preso. (5) Le sigue con Yarvis

sus pies, se ha enternecido su corazón, me ha estrachado à su pecho, y se ha mezclado el torrente de nuestras lagrimas.

Yar. Yo no puedo detener las mias.

Clar. Ha calmado su furor, y en fin cerrandose sus ojos al sueño, le concede la tranquilidad de un reposo pasagero.

Yar. Bendito sea Dios.

Clar. Me ha avisado mi hermana, que era menester que yo hiciera algunas diligencias, y que convenia para mi esposo, que sin tardar la viera fuera de la carcel. Voi pues à aprovechar este instante en que descansa mi marido. Tu está atento, Yarvis, y ten cuidado si despierta. No le dexeis solo, hazle entrar su hijo al quarto, que su amada presencia suavizarà las conmociones de su alma. Yo vuelvo al instante; sino estubiese segura de tu cuidado, no me atreveria à dexarle solo.

Yar. Podeis ir segura.

Atisvando poco à poco por la puerta de Beverley.

Clar. No ha mudado de posicion, duerme profundamente. Yarvis, por Dios te pido que atiendas al instante en que despertará. *vase.*

SCENA III.

Yarvis y Tomi dormido.

Yar. Espero que el amo descansará hasta que vuelva la Señora. ¡Que virtud, que ternura es la suya! Muger grande. ¡Que feliz seria con ella mi amo, si supiera serlo! Oigo ruido... ya no duerme. ¡Que palido! ¡que desfigurado que está! pero menos sombrío y menos alterado.

SCENA IV.

Beverley, Yarvis y Tomi como antes.

Bev. (Mi muger se ha ido, despachemos à este buen hombre: es necesario apartarle de mi.)

Yao. Señor! habeis dormido mui poco. Que presto os ha dexado el sueño.

Bev. ¿Salió tu Señora?

Yar. Alguna precision la ha obligado à salir por vuestras cosas.

Bev. Conozco que el balsamo saludable del sueño ha vuelto à animar la esperanza en mi corazón, ya mas tranquilo. Necesito del consejo de un amigo verdadero: quisiera hablar à Leuson. Ves à encontrarlo, Yarvis, y dile que me haga el favot de venirme à ver al instante en mi carcel. ¿Que te paras?

Yarv. Amo mio, perdonadme; la Señora me ha mandado que la esperase aqui.

Bev. Ella no ha podido presumir el orden que te doi: tu ves que esto tranquilo.

Yav. Gracias al Señor lo veo.

Bev. Vete pues, que quiero salir de esta triste habitacion.

Yar. Pero...

Bev. No repliques, yo lo mando; obedeceme.

Yar. Voy luego *Vase.*

SCENA V.

Beverley y Tomi dormido.

Bev. despues de haber dado algunos pasos

Bev. Ya llegó mi hora; ya está pronunciada la sentencia, y la sentencia es de muerte. Mi alma cargada de oprobios no puede sufrir mas su suerte; mi corazón se

D

rin-

rinde à sus tormentos. (1) Voi à dormir en el sepulcro... A dormir? y si la muerte en lugar de ser un sueño, fuese una vigilia eterna y funesta! y si la venganza de un Dios... Es necesario que yo la suplique. Dios cuya infinita clemencia... Yo no puedo orar. Desplomada sobre mi la mano de hierro de la desesperacion me arrastra. No obstante percibo con horrot en el fondo de mi corazon una voz que me grita; detente, barbaro. ¿Eres acaso el dueño de tus dias? ¡Oh conciencia, juez incorruptible de nuestras acciones! ¿Mas que he de hacer? Sin esperanza, sin amparo, ver à mi muger y à mi hijo rendirse à la mendicidad; ser el autor y el testigo de sus miserias; acostumbrarse al desprecio, aun peor que la desgracia; morir en fin cien veces por no atreverse à morir una sola. Esto es mucho dudar. Podemos acometer à nuestro destino. ¡Pero la infamia! el remordimiento. (2) Humanidad, ya te horrorizas! Terror del otro mundo, abismo de la eternidad! No hai corazon que no se hiele de pasmo à tu contemplacion. Pero yo aborrezco la vida, y mi destino triunfa. (3) Ya està hecho; ya traigo la muerte en mis venas. Este sol ilustra el ultimo de mis dias. ¡Oh, si el hombre se encerrase todo en el sepulcro! Pero si; el alma sintiendo aun las aflicciones de los vivos,

(1) Diciendo esto se va à la mesa, pone agua en el vaso, y mezcla en ella licor de un frasco que saca de su bolsillo. (2) Toma el vaso. (3) Bebe. (4) Da algunos pasos y repara en su hijo. (5) Se sienta à su lado. (6) Se levanta.

vè sufrir infelizmente à los que yo amaba; si; yo oigo vuestros gemidos dolorosos! Oh, muger! ¡oh hijo! ¡oh, familia perdida! El infierno, el infierno mismo no tendrá tormentos mas crueles. ¡Oh demasado tarda reflexion mia! (4) Hijo mio! Un dulce sueño tiene cautiva su alma. ¿Con que no oiré mas el sonido de esta voz tan grata à mis oidos? ¡Alomenos que pueda abrazarte por la ultima vez! ¡Oh hijo infeliz del mi desgraciado padre! (5) Viendo se enternece mi alma; parece que aun durmiendo me acaricia con la boca. Esta boca... esta belleza es la propia de su madre. ¡Pobrecito niño! (6) No conoces, ni puedes prevenir tu suerte. La infamia de mi vida y el horror de mi muerte será tu unico mayorazgo. Lleno de oprobio, cargado de miserias no atreviendote à alzar los ojos, vivirás solo para maldecir à tu padre. ¿Y la vida puede ser un bien tan precioso? Mi furor te ha costado todo lo que la hace amable. ¿quien te librase de ella, te libraria de una pesadísima carga. ¿Por que no sofocaron à tu padre en la cuna? Pero ya el veneno... conozco que me preocupa. Un negro espeso vapor cubre mis ojos, hace nacer el furor en mi pecho. Barbaro! ¿Que digo, furor! ¡Piedad para el que ha de vivir humillado en la desgracia. Muerte es un solo instante, la vida un largo

go suplicio. Esta, hijo mio, sería la tuya. Tengamos valor para librarte de ella. El instante es propicio. Pase sin dolor del sueño à la muerte. Este acero... ¿Pero matar à mi hijo? El atentado es horrible. Naturaleza, ¿que terrible grito ha dado tu voz en mi pecho! El despierta.

Tom. Padre! Vuestros ojos... me haceis miedo.

Bev. No sè que dulzura tiene su voz...

To. Mi buen padre, perdonadme (1)

Bev. No puedo resistir; el me desarma. (2) Niño desgraciado! Levantate, hijo mio. Mi llanto inunda su rostro.

SCENA VI.

Clarenton, Henriqueta y los dichos.

Tom Madre, salvad à Tomi. (3)

Clar. Cielo, ¿que pasmo es este! Este niño... este puñal... cruel! ¿y para que?

Bev. Conoced en mi el mas fiero de los monstruos; la piedad me hacia atravesar el corazon de mi hijo.

Clar. Por piedad... à mi hijo!. ¿que horror!.. barbaro! ¿y os atreveis à confesarlo à su madre? Oh, hijo! hijo amado!

Bev. Si para satisfaceros necesitais de mi muerte...

Clar. A estas funestas palabras, à tan barbaro exceso, esposo amado y cruel, veo la negra nube de la desesperacion que te anima. Pero sabe que Leuson se dispone à ponerte en libertad; y que Stukeli, este monstruo abominable...

Bev. (¿Que tormento se apodera de mis sentidos!)

SCENA ULTIMA.

Leuson, Yarvis y los dichos.

Leuf. Beverley, ya están rotas vuestras prisiones. Murió Stukeli asesinado por Yames; el motivo fuè una disputa, nacida sobre partirse vuestros bienes.

Henr. ¿No vive ya ese perfido?

Leuf. No. Yames està preso; vuestros bienes quedan seguros. Amigo, alentaos, se os volverà todo.

Bev. ¿Ah, desgraciado de mi! ¿Que prisa ha sido la mia!

Clar. Pues que? Esta noticia..

Leuf. ¿Cómo està demudado su rostro!

Bev. Un dolor cruel...

Leuf. Señora, es necesario un remedio pronto.

Clar. Yarvis corre. (4) Dios mio, asistidme.

Bev. La calma sucede al dolor. Esposa mia!

Clar. Que es esto? Mi amado! mi esposo!

Bev. No busqueis remedio à mi mal; que no le tiene.

Clar. Que dices? Lo habrà, Beverley, lo habrà.

Bev. Consorte amada, ni tu tienes esposo, ni mi hijo tiene padre.

Leuf. ¿Amigo infeliz! ¿Y que habeis hecho?

Henr. Hermano! Y habeis podido:-

Clar. No; no lo creas, accion tan horrible..

Bev. Todo mi corazon lo detesta. Padre inhumano, ciudadano criminal,

(1) De rodillas. (2) Arroja el puñal. (3) A su madre. (4) Sale corriendo Yarvis.

nal, esposo barbaro, en fin en un instante funesto he violado las leyes del cielo y de la tierra.

Clar. Yo muero. (1)

Rev. Este es el instante de comparecer ante el formidable tribunal de aquel que me dió el ser. Todo me anuncia que toco ya à este termino fatal; la calma en que me hallo, una extrema flaqueza, mis ojos rodeados de sombras... Esposa mia, dime por piedad alomenos... yo te perdono.

Clar. Ah! quiera Dios perdonarte igualmente. (2)

Rev. Ayuda à tu moribundo esposo à suplicarcelo. (3) Dios de misericordia, temblando à tus pies esta humilde criatura implora tu clemencia. Tu justicia perdona à un corazon que se arrepiente. Haz brillar para este culpable un rayo

de tu esperanza. Tu ves mi arrepentimiento; y si él, ó gran Dios no puede desarmar tu venganza alomenos que no se estienda sobre mi muger y mi hijo.

Clar. Ah! tome el cielo mi vida salve la tuya. (4)

Rev. Leuson, amigo honrado, corazon tan mal habia conocido de ella y de mi hermano. Hijo mio, acercate, ven acá. Mis ojos se anegan en lagrimas. O muerte! ¡en este instante, como siento tus horrores! Hijo mio yo te dexo; pero te queda una buena madre; amala, respeta siempre; y si jamás sientes nada en ti el furor del juego, acuerdate de tu padre... Dadme la mano esposa mia... Adios... Yo muero. (6)

* * *

(1) Leuson la sostiene. (2) Con sollozos. (3) Se inclina sostenido de los que están cerca. (4) Se arroja precipitada à sus pies. (5) Tomi se pone de rodillas al lado opuesto al que ocupa su madre Beverley despues de haberlos mirado un rato. (6) Madama Clarenton cae desmayada y baxa el Telon.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutor Imprefor y Librero, en la Libretería.